

ERNESTO RENÁN

**CRISTIANISMO
Y
JUDAÍSMO**

Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2013
Ω

INTRODUCCIÓN

El vigor intelectual de Ernesto Renán se corresponde con el mejor legado del siglo XIX. Su obra fecunda le da ingreso a la galería de escritores titanes del siglo, junto a Ranke, a Michelet, a Taine -para mencionar a algunos historiadores solamente-, aunque la materia de sus trabajos tuvo tal universal alcance y una influencia tan esclarecedora, que su pensamiento fue durante mucho tiempo un verdadero faro intelectual. Había sido destinado a la vida religiosa, pero poco antes de tomar los votos halló que su fe era débil para cumplir cabalmente la tarea que se esperaba de él, de modo que tres años antes de la revolución de 1848 era ya un laico que con desusada fruición vivía el surgimiento de la revuelta social y el nacimiento del pensamiento sociológico. En los días de la revolución del 48 escribe un primer trabajo, *El porvenir de la ciencia* (que publicara cuarenta años después), en momentos en que la amistad con Marcelino Berthelot lo sumerge en la maravilla de la química y la biología que vienen sustituyendo a las matemáticas como claves del entendimiento del mundo.

Su tesis doctoral sobre Averroes y el averroísmo (1856), denota ya un espíritu cuestionador de la postura del hombre ante la ciencia, actitud que llevará hasta las ciencias históricas con el gran instrumento -la filología-, de la que será consumado cultor. Su versación en el mundo bíblico es el ámbito de especialización que elige, y al finalizar la década del 50 hace conocer su *Historia general de las lenguas semíticas*, después de visitar Tierra Santa, Siria, como también la Acrópolis. Es profesor de Lenguas Orientales en el Colegio de Francia en 1862, pero desde su primera lección encuentra seria oposición al presentar a Jesús como un hombre histórico, en quien se corporizarían ideas y situaciones de toda una época. La *Vida de Jesús*, de 1863, es su libro más conocido, más leído, más influyente. Llegó a ser conocido por generaciones de estudiosos y lectores, al presentar el cristianismo como una evolución de principios religiosos y valores provenientes de la cosmo-

visión judía y a Jesús como un ser histórico excepcional en quien la encarnación de ciertos valores llevará al trágico y apasionado destino del Cristo en la cruz. Conciliaba y articulaba así todas las expectativas de las ciencias del espíritu (a las que correspondía la historia decididamente apartada de las euforias de las ciencias naturales impregnadas de biología y sociología en pos de comprobaciones experimentales), y mostraba de la mejor y más elocuente manera la trayectoria histórica, comprobada en innumerables fuentes manejadas por el eruditísimo filólogo y el resurrector de civilizaciones pasadas, a la luz del recurso inagotable de la lectura y la crítica bíblicas.

Seis años después haría conocer su *Historia de los orígenes del cristianismo*, de la que la *Vida de Jesús* venía a ser el primer tomo, y el último será *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo*, que ve la luz en 1883. Con la edición de la *Historia del pueblo de Israel* (1887-1893) culmina su labor intelectual, en la que no ha habido tema que no despertara su interés, su indagación, y al que no tributara su lucidez y su sonriente escepticismo, con aquella ironía y aquella piedad por el hombre y sus errores, que luego reiterará su discípulo Anatole France. En este clima de efervescencia cultural hay que situar el presente ensayo, en el que destaca la fe inquebrantable en la razón -que por otra parte ha sido y será la más legítima connotación de la segunda mitad del siglo XIX-, y que tuvo en Renán el más alto y expresivo cultor, siendo este ensayo precisamente un elocuente ejemplo.

Sorprende constatar cómo Renán aborda aquí cuestiones que hasta hoy siguen agitándose en torno al ser judío, limpia y modestamente encaradas, desde los errores históricos y a partir de la búsqueda de la verdad científica, instituida sobre comprobaciones válidas entonces y ahora. De tal manera, encuentra en los profetas el nexo entre el judaísmo y el cristianismo, y las fuentes serán precisamente los libros de los profetas, y las epístolas de San Pablo, del mismo modo que el análisis histórico y filológico de los diversos libros de que se compone la Biblia. Mediante una crítica externa y un análisis intrínseco o crítica interna, totalmente original, recorre rápidamente el devenir del pueblo judío dentro de la sociedad occidental, y traza un perfil de la discriminación de que fue objeto. Hasta llegar "a una época más consoladora, ese siglo XVIII que proclamó por fin los derechos de la razón, los derechos del hombre, la verdadera teoría de la sociedad humana, o sea el estado sin dogma oficial, el estado neutro en medio de las opiniones

metafísicas y teológicas", momento en el cual los judíos consiguen la igualdad con los demás ciudadanos. De modo, pues, que al cabo de esta trayectoria histórica hallamos dilucidado el concepto de pueblo judío y nacionalidad judía, juntamente con la sutil apreciación del concepto de raza, en función del contexto cultural del momento. Hay que tener en cuenta que este planteo es concebido en un momento muy particular de la evolución intelectual europea, en que el concepto "raza" es utilizado como el comodín de cualquier intento imperialista o expansivo, tanto para la preservación de la sociedad establecida o como justificación de un darwinismo social descarnado que sin embargo tenía todos los visos de última palabra en materia científica.

Frente a este panorama, Renán, a partir de las vejezas de la filología y la historia del Oriente próximo, rescata diferencias, refina apreciaciones, y elabora algunas seguridades que lanza persuasivamente, irrevocablemente, como verdades que en su tiempo constituyen una especie de evangelio racional, y siguen siéndolo hoy, en este nuestro siglo del descubrimiento atómico y de los campos genocidas de concentración. Era el antídoto contra el estereotipo aglutinador de la raza, que corrumpía la crítica y el buen juicio desde Gobineau hasta las aventuras expansivas en América de Napoleón III.

En este contexto, vale destacar que Renán muere en los umbrales del proceso que desencadenaría la reacción antisemita más desenfrenada e inesperada, el affaire Dreyfus, reacción que por serlo se autodenomina "reaccionaria", y que habría de ser liderada por Charles Maurras y su famosa *Encuesta sobre la monarquía*. El hecho de que la prédica maurrasiana fuera seguida puntualmente por legiones de franceses -y por extensión de católicos-, que se alistaron en la lucha por las instituciones sacrosantas (clero y ejército) y contra los judíos convertidos en ciudadanos por vigencia de los principios de la Revolución Francesa, habrá de configurar un panorama nuevo en las ideas de inspiración francesa y europea. Renán se convierte así en el mejor paradigma del pensamiento del siglo XIX, instalado en ese sitio por la vigencia de sus ideas y la difusión enorme de sus libros.

Lo que viene después está signado por la reacción, por la persecución y los pogroms de la Rusia zarista, las exultantes definiciones chauvinistas en todo Occidente, las declaraciones retóricas y excluyentes, insostenibles a la luz de la buena razón, y que sin embargo mediante el halago de sectarismos etnocentristas, han ido derivando peligrosamen-

te hasta culminar en el racismo hitleriano de funestísima memoria. Entre aquel antes y el ahora, Renán sigue ocupando un lugar señero, y he ahí su mérito mayor y permanente.

El texto presente ofrece una serie de consideraciones que conservan una total vigencia, aunque ahora el antijudaísmo no se base ya casi en la cuestión religiosa ni en la existencia de caracteres raciales indisolubles, conceptos éstos que han sido erosionados por la contradicción flagrante con la realidad. Por otro lado, la novedad de la lucha propalestina y la tensión eventual entre sionismo y Estado de Israel (levantado por la gestión de Theodoro Herzl que precisamente a raíz de las diatribas antisemitas y antidreyfusianas concibió la idea de la creación de un estado judío), reclaman cada vez con mayor persistencia un respeto concreto por la igualdad racial y la vigencia de los derechos humanos.

Renán no lamentó nunca haber dedicado su vida al estudio de la historia del pueblo judío, "una de las más bellas que existe", pero también estaba lejos de pretender que fuera una historia sin tacha que "en ese caso estaría colocada fuera de la humanidad". En cuanto a las lucubraciones en torno a la raza, aportó su exquisito sentido histórico para mostrar "las oscuridades de cualquier ciencia etnográfica", y los matices que pueden hallarse en la pretendida "unidad étnica" de los judíos, con ejemplos y consideraciones que mediante una metódica demostración van demoliendo seguridades globales y ofreciendo en cambio la compleja trama gris de la verdadera historia. La alocución final, exaltadora de la revolución que constituye "la gloria de Francia", por la cual se consideró que los hombres debían ser juzgados no por la sangre que corre por sus venas "sino por su valor intelectual y moral", y su firme convicción de que la colaboración del judío "con todas las fuerzas liberales de Europa contribuirá al progreso social de la humanidad", constituye el apotegma final, casi profético hasta hoy.

Porque en efecto, todas las impugnaciones antijudías toman hoy como punto de partida para el descrédito a la Revolución Francesa, y a su credo igualitario, nivelador, democrático, que permite a todos los hombres sentirse acreedores a la posibilidad de ser gobierno a través del voto como expresión de la voluntad general. Precisamente mediante este instrumento del voto las diferencias de sangre se eliminan y dejan de tener sentido. Es precisamente por eso el punto de arranque de una nueva sociedad, y es a este nuevo principio al que se cataloga

de enemigo público, frente al prejuicio, la jerarquía o la nobleza de sangre, propiciados por sus enemigos. La acusación al judío como enemigo de la sociedad tradicional -que aparece enlazada a la vigencia de la religión cristiana en general y muy especialmente a la católica regida por la adhesión al Papa-, se convertirá en lugar común paradigmático repetido sin desmayos, hasta la culminación en el espantajo de Buchenwald o en el Gulag. Apogeo y destrucción siniestra, que obliga a todos a replantear la cuestión.

La existencia hoy del Estado de Israel, amenazado por pueblos vecinos que reclaman una existencia de estado constituido -a su mismo ejemplo- y por el serio riesgo de verse fagocitado por un imperialismo problemáticamente voraz a fuer de protector, quizá resultara paradójica para un liberal nutrido de historia y de razón esperanzada como fue Ernesto Renán. Pero su texto vale todavía, como aproximación a fuentes, como exposición coherente y premonitoria de muchos problemas que volvieron a plantearse desde entonces, y que conservan hasta hoy la vigencia que compromete a todas las sociedades democráticas e igualitarias.

HEBE CLEMENTI

PARTE I

CRISTIANISMO Y JUDAISMO

I
IDENTIDAD DE ORIGEN Y GRADUAL SEPARACION
DEL JUDAISMO Y EL CRISTIANISMO

RESPONDO complacido a la invitación de la Sociedad de Estudios Judíos a fin de que exprese mis opiniones sobre la identidad de origen y separación del judaísmo y el cristianismo. Soy de los que desde el primer momento alenté la formación de esta institución, y aplaudo en particular el artículo de sus estatutos que permite a personas extrañas a la comunidad judía entrar y ser parte de ella.

Creo que ha sido un acierto introducir esta disposición en el reglamento. Sin duda, los estudios judíos pertenecen de pleno derecho a su pueblo, pero se me ha de permitir que exprese, para gloria de Israel que, pertenecen también a la humanidad. Las investigaciones relativas al pasado israelita interesan a todo el mundo. Todas las creencias encuentran en esos libros el secreto de su formación. Quien desee estudiar los orígenes religiosos llega necesariamente al hebreo. Por lo tanto, estos estudios, sin dejar de ser de dominio propio, son al mismo tiempo el dominio común de todos los que creen e investigan.

¡Qué maravilloso destino el de este libro sagrado, esa Biblia que se ha transformado en el alimento intelectual y moral de la humanidad civilizada! Si hay una porción del mundo que tenga poca similitud con la Judea, sin duda se encuentra en nuestras islas perdidas del Occidente y el Norte. Y bien, ¿de qué se ocupan todas las mentes en estos lejanos países, habitados por razas tan diferentes a las de Oriente? ¿De qué sino de la Biblia? De la Biblia, ante todo.

En el norte de Escocia, a treinta leguas más o menos de la costa, en medio de un mar salvaje, hay una roca aislada, que durante la mitad del año está hundida casi por completo en las tinieblas. Esta pequeña isla se llama San Kilda. Hace poco leía informes muy curiosos sobre este islote, que podría proporcionarnos datos interesantes sobre la raza céltica en su estado puro. Durante meses enteros, sus habitantes están

sin relaciones con el resto del mundo. Sospecho que debe reinar el aburrimiento en San Kilda y que la sociedad debe ser allí muy poco variada. Y bien, ¿cuál es la ocupación de las gentes que viven en esta pequeña tierra olvidada? Se lee la Biblia de la mañana a la noche, se busca comprenderla.

He visitado un poco el norte de Escandinavia y he llegado a ver algunos campamentos de lapones. Estos lapones están civilizados sólo a medias, y sin embargo saben leer. ¿Y qué es lo que leen? ¡La Biblia, siempre la Biblia! La entienden a su manera, la interpretan del modo más original, con una especie de sombría pasión y de inteligencia profunda.

Tienen, pues, los judíos el incomparable privilegio de que su libro haya llegado a ser el libro del mundo entero; en consecuencia, sólo a ustedes mismos pueden pedir cuentas si todo el mundo quiere intervenir en sus estudios. Comparten este privilegio de la universalidad con otra raza que también impuso su literatura a todos los siglos y países: Grecia. Sin duda alguna protestaríamos si los griegos modernos viniesen a decirnos: Tan sólo nosotros tenemos derecho a ocuparnos del griego. Perdón, responderíamos; todo el mundo admira vuestra antigua literatura y todo el mundo tiene derecho a estudiarla. Del mismo modo, la Biblia, que es el bien común de la humanidad, pertenece a la especie humana entera y tenemos el derecho de colaborar con los judíos. Por lo tanto, agradecemos que se haya decidido admitirnos a su lado, como samaritanos de buena voluntad, para trabajar en la obra que interesa a todos por igual.

No hay duda de que los estudios hebraicos son el substracto común de los estudios religiosos, y de ahí que todos aquellos que tratan de darse cuenta de su fe estén obligados a ocuparse del pasado religioso judío. Por ejemplo, cuando se quiere profundizar el cristianismo, debemos estudiar el judaísmo. Ligado por una de esas tradiciones de infancia, que son las más caras y duraderas, al cristianismo, he creído que no tenía mejor medio de probar mi respeto por la doctrina cristiana que examinándola de cerca. Considero que un examen serio y concienzudo, es la máxima prueba de respeto que se pueda dar a las creencias religiosas.

¿Adónde me conducía este análisis del cristianismo? Al estudio del judaísmo, puesto que, repito, el cristiano que quiere ser consciente de

su fe será conducido necesariamente al hebreo. Y sin duda, este estudio produjo en mi espíritu la más profunda revolución. Puede decirse que mis ideas sobre la historia religiosa de la humanidad se fijaron desde el día mismo en que comencé a conocer el pasado hebreo.

El estudio del cristianismo me inspiró la resolución de escribir la historia de los orígenes cristianos. Pero ¿qué es la historia de los orígenes cristianos? En esencia es la judía. Reconozco que para ser completamente lógico, hubiera debido comenzar mi historia de los orígenes del cristianismo por una historia del pueblo judío. Si me lancé en medio de la cuestión, como suele decirse, se debió a que ignoramos la duración de la vida y al principio nos corre prisa. De esta manera, ahora que he relatado como pude, los primeros ciento cincuenta años del cristianismo, desearía que lo que me queda de vida y fuerzas, se consagrara a la historia anterior, donde, se encuentra, como lo reconozco, la verdadera explicación del cristianismo. En efecto, los orígenes de éste deben colocarse por lo menos setecientos cincuenta años antes de Cristo, en la época en que aparecieron los grandes profetas, creadores de una idea enteramente nueva de la religión.

Esa es la gloria de este pueblo, la gloria de Israel; ese es el gran secreto del que es depositario: en el seno de su raza, unos setecientos u ochocientos años antes de Cristo -no pueden determinarse esos años de una manera muy rigurosa-, en el seno de Israel se cumplió de una manera definitiva el pasaje de la religión primitiva, llena de supersticiones malsanas, a la religión pura, y puede decirse, definitiva para la humanidad.

La religión primitiva en lo que nos está permitido entreverla, debió participar de la grosería inherente a los orígenes de la humanidad. Fue una religión completamente egoísta. Dios o los dioses eran concebidos de una manera más o menos análoga al hombre: se trataba de atraerse a la divinidad o a las divinidades, como se atrae a los hombres, es decir, mediante el interés, mediante dones y regalos. Se buscaba conquistar el favor de los dioses ofreciéndoles algo que les agradasse, sobre todo sacrificios, que se suponía eran bien acogidos por aquéllos.

Era un culto esencialmente interesado. El hombre se encontraba rodeado de terrores, de causas desconocidas, y se imaginaba conseguir sus fines obteniendo el favor de esas causas desconocidas y poniéndolas al servicio de sus ambiciones o de sus pasiones.

Léase esa inapreciable inscripción de Mesa que poseemos en el Museo del Louvre y que muestra tan bien el estado de la conciencia de un rey de Moab, unos novecientos años antes de Cristo. Mesa ofrece sacrificios, trata por todos los medios de ser agradable al dios Camos, que le devuelve el precio de su piedad haciéndole obtener victorias y protegiéndolo en todas las ocasiones. Mesa, en una palabra, es el favorito de Camos. ¿Y por qué?, ¿acaso Mesa es un hombre de gran elevación moral? ¡Oh!, tal cosa es muy poco probable. Tenemos muy pocos datos sobre esta lejana época, pero creo que no arriesgaríamos demasiado suponiendo que Camos estaba ligado a Mesa por razones que no dependían de que éste fuera un hombre honesto. El dios Camos no parece haber sido sensible a esta última consideración.

Si pasamos de la religión de Moab a la religión de Israel nos encontramos ante un contraste asombroso. Leamos por ejemplo el salmo XV, que como la mayor parte de los salmos no tiene fecha, pero en el cual encontramos sin duda alguna la expresión de un sentimiento antiquísimo. ¿Qué es lo que leemos en él?

El salmista se pregunta qué debe hacerse para ser el protegido de Jehová, para ser su *ger*, su vecino. Esta situación de *ger* con relación al dios que servía ha llegado a ser muy clara por las inscripciones fenicias, relacionadas con ciertas expresiones árabes. El *ger*, el vecino de un dios, era aquel que vivía junto a un templo de este dios; era su parásito, su comensal, participando en las comilonas que resultaban de los sacrificios ofrecidos al dios. El vecino del dios estaba de este modo cubierto por la protección del dios, que se extendía como dos grandes alas alrededor del templo. ¿Pero el *ger* obtenía esta protección, estas ventajas siendo un hombre honesto, perfeccionando su ser moral? No por cierto: las informaciones que poseemos sobre estos *gerim* llevan a creer todo lo contrario. Leamos ahora nuestro salmo XV. Hemos de ver cuáles deben ser las cualidades del protegido, del vecino de Jehová, de aquel a quien el Dios de Israel cubre con sus alas.

*"Jehová ¿quién merece ser el ger de la tienda?
¿Quién merece habitar sobre tu montaña santa?"*

Escúchese la respuesta.

*"Aquel que está inmaculado y practica la justicia.
Que habla la verdad en su corazón.
Que no calumnia con su lengua.
Que no hace mal a su prójimo.
Que no ultraja a su semejante.
Que no acepta regalos en perjuicio del débil".*

He aquí pues, en efecto, las cualidades del ger, del vecino, del protegido de Jehová. Será el protegido de Jehová quien sea un hombre digno.¹

No quiero decir que el salmo XV haya expresado esto por vez primera; pero es por cierto Israel quien lo dijo por primera vez. Si bien el salmo no tiene fecha, véase aquí otro texto que la posee sin duda: el primer capítulo de Isaías:

"Escuchad la palabra de Jehová, jueces de Salomón; dad oídos a la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios? -dice Jehová-; estoy hastiado del humo de los carneros, de la grasa de los becerros; la sangre de los toros, los corderos y los machos cabríos ya no me es agradable. Dejad de traerme vestras vanas ofrendas, su olor me enferma el corazón... Mi alma odia vuestras fiestas y celebraciones, no puedo soportarlas y me resultan una carga. Multiplicad vuestras plegarias hasta el infinito, pues vuestras manos están tintas en sangre. Lavaos primero, purificaos, ahorrad a mis ojos vuestras acciones culpables, dejad de hacer el mal, aprended el bien, buscad la justicia, sostened al oprimido, dad al huérfano sus derechos, defended a la viuda".

¡Ah, ahora está claro! He aquí un dios nuevo por completo, un dios profundamente distinto del Camos de ese rey Mesa y de todos los dioses de la antigüedad. La moral ha penetrado en la religión; la religión se ha transformado en la moral. Lo esencial no será ya el sacrifi-

¹ Recuérdese también la hermosa fórmula: Lo iegurka ra, "un malvado no podría ser tu ger". Salmo V, 5.

cio material. Ahora será más importante la disposición del corazón y el verdadero culto será la honestidad del alma.

¡Y bien!, estas palabras tiene fecha; se les atribuye más o menos una antigüedad de setecientos veinticinco años antes de Cristo. Señalan para la humanidad el advenimiento de la religión pura. Desde el punto de vista lógico, un movimiento semejante debía traer aparejada la supresión de los sacrificios, pero siempre es raro que se alcance el ideal absoluto, es muy difícil hacer desaparecer usos caros a un pueblo y que han llegado a ser nacionales. Por lo menos el espíritu permaneció. El espíritu de los profetas es el espíritu mismo de Israel. Luego de la cautividad lo encontramos de nuevo, más luminoso que nunca en esos admirables escritores del siglo VI antes de Cristo, cuyo sueño es una religión que pueda convenir a la humanidad entera.

En tanto el culto consiste en prácticas materiales, no se puede pedir que lo acepten todos los pueblos; cada nación tiene sus prácticas, ¿por qué cambiarlas? Pero un culto que reside en el ideal puro de la moral y del bien, supongo yo, es ya un culto bueno para el mundo entero.

Hay una idea que apareció constantemente en los antiguos profetas; este culto depurado de Israel llegará a ser la religión del género humano. No se trata ya de un culto particular, se trata del culto universal, del reinado de la justicia.

¡El reino de la justicia!, sí, tal es la fe de estos antiguos profetas, el ideal que aparecía en sus obras. Este ideal no se realizó de una manera completa jamás el ideal se realiza de una manera plena, pero la obstinada creencia de que gracias a Israel la justicia reinará sobre la tierra, llega a ser en la mente del piadoso judío una especie de obsesión.

He ahí donde reside la maravillosa originalidad de los profetas, he ahí la idea que fue el núcleo de la religión pura y que debió ser adoptada por toda la humanidad. Esta idea, proclamada con un acento tan popular y conmovedor por los fundadores del cristianismo, fue expresada con una admirable grandeza por los profetas del siglo VII antes de Cristo.

En este sentido dije que los orígenes del cristianismo han de hallarse en el judaísmo. Los verdaderos fundadores del cristianismo son los grandes profetas que anunciaron la religión pura, liberada de las prácticas groseras y fundada en las disposiciones del espíritu y del corazón, religión por consecuencia que puede y debe ser común a todos,

religión ideal, consistente en la proclamación del reinado de Dios sobre la tierra y en la esperanza de una era de justicia para la pobre humanidad.

Los poemas sibilinos, esas obras de la escuela de Alejandría, apócrifas si se quiere, pero tan emocionantes, giran alrededor del mismo sueño, que por ecos misteriosos llegó hasta Virgilio, el sueño de un porvenir brillante, un porvenir de paz, de felicidad y de fraternidad, que se destina al mundo renovado. Este paraíso terrestre resultará de la adhesión de la humanidad al culto de Israel.

Es muy difícil hablar de una manera precisa de esos primeros fundadores del cristianismo, cuya fisonomía está cubierta a nuestros ojos por un triple velo, pero lo que sí es cierto es que toda la primera generación cristiana es esencialmente judía. Supongamos que se hubiera preguntado a esos grandes fundadores si creían abandonar los límites de la familia judía: "¡Oh no! -hubieran respondido-nosotros continuamos la línea de los inspirados de Israel, somos los verdaderos continuadores de los antiguos profetas". En una palabra, pensaban cumplir la Ley y de ningún modo suprimirla.

Para tener testimonios bien positivos, debemos llegar a San Pablo, cuyas epístolas más antiguas son más o menos del año 54 después de Cristo. En él la separación parece completa. Sin embargo, Pablo protesta, sin cesar, que no abandona su fe en las promesas. Quiere ampliar el judaísmo, facilitando el acceso a las poblaciones que deseen entrar en su seno. Algunas veces tiene palabras duras para su antiguo pueblo, pero también tiene palabras tiernas, llenas de dulzura y nunca San Pablo creyó separarse de la Iglesia Judía. Por lo demás, en la primitiva Iglesia, Pablo es considerado como un hereje, un espíritu audaz, una especie de aguafiestas. En todo caso, fue una excepción y el espíritu de la primera Iglesia está mejor representado por pequeñas epístolas como las que figuran en el canon cristiano bajo los nombres de San Santiago y San Judas. Por cierto que tales escritos son judíos por completo: de haber estado escritos en hebreo se hubiesen podido leer en la sinagoga.

Lo mismo puede decirse del Apocalipsis llamado de San Juan, que se encuentra en el canon cristiano. Este libro, cuya fecha se señala hacia fines del año 68 o comienzos del siguiente, es un libro judío en el más alto grado. El autor es un apasionado de la nacionalidad judía. La gue-

rra de Judea ha comenzado, Jerusalén va a ser cercada, se siente en el Vidente la más profunda simpatía por los rebelados de Judea, Jerusalén es para él "la amada ciudad", su ideal de humanidad es una Jerusalén de oro, perlas y pedrería. No se puede ser más judío que el autor del Apocalipsis.

La redacción de los Evangelios llamados sinópticos se ubica poco tiempo después de la toma de Jerusalén. Aquí existe una división. El espíritu de estos Evangelios es en cierto modo doble. Se encuentra en los viejos libros cristianos una palabra que da una idea bastante justa de estado moral de los evangelistas, es una palabra que en griego quiere decir "que tiene dos almas", significando en realidad "flotando entre dos espíritus". Se leen en los sinópticos palabras muy severas, a veces injustas contra los fariseos, pero lo que demuestra que el desgarramiento no se había realizado todavía, es que el menos judío de todos los sinópticos, Lucas, cuida de hacer notar que Jesús practicó todas las ceremonias de la Ley y en particular que fue circuncidado. Un hecho por lo demás muy curioso es éste.

Hacia los años 75 u 80 y en los siguientes, se producen muchos libros inspirados por el patriotismo judío, tales como el libro de Judith, el Apocalipsis de Esdras, el Apocalipsis de Baruch y aun el libro de Tobías que no apareció sino en una época tardía. No hay nada más judío que el libro de Judith por ejemplo. Y sin embargo, estos libros se perdieron entre los hebreos y fueron conservados por los cristianos; con lo que se evidencia que el lazo entre la Iglesia y la Sinagoga no se había roto todavía cuando aparecieron.

La epístola de Clemente Romano, sea quien fuera su autor, expresa muy bien los sentimientos de la Iglesia Romana hacia el año 98 después de Cristo. Este opúsculo es de un judaísmo completamente ortodoxo; allí se cita por primera vez a Judith como una heroína, lo que prueba que la escisión hacia el año 100 no estaba cumplida de ningún modo.

Si pasamos ahora a las epístolas y a los Evangelios atribuidos a Juan, el caso es ya muy distinto. Podemos colocar la composición de estos escritos hacia el año 125 después de Cristo, es decir unos cien años después de la muerte de Jesucristo. Allí el judaísmo es tratado como enemigo. Se presiente el advenimiento de los sistemas, que bajo el nombre de gnosticismo llevarán a los cristianos a renegar de sus orí-

genes judíos. El gnosticismo es radicalmente opuesto al judaísmo. Según los gnósticos, el cristianismo nació espontáneamente y sin antecedentes, o más bien resulta ser una reacción contra la Ley anterior. Es inconcebible que una concepción histórica tan errónea haya podido producirse en tan poco tiempo (¡cien o ciento veinte años después de Cristo!). Los nuevos doctores declaran que el cristianismo nada tiene que hacer con el judaísmo. Marción, más exagerado todavía, pretende que la religión judía es una religión nefasta que Jesucristo vino a abolir.

Repito que es harto singular que en el espacio de un siglo un error semejante haya podido producirse, pero notemos que el gnosticismo es en la Iglesia Cristiana lo que una corriente lateral es para un río. En el siglo segundo, la Iglesia Ortodoxa se consideró siempre ligada a la Sinagoga por los lazos más estrechos.

Papías es, por cierto, un cristiano judío, encerrado en las ideas de los Evangelios sinópticos y del Apocalipsis. El testamento de los doce patriarcas, que apareció por la misma época, es una obra judía por entero. *El Pastor de Hormas* es todavía un libro edificante en el sentido judío, un verdadero agada. Vería con satisfacción que se lo tradujera, tengo la seguridad de que será leído con agrado, tanto por las personas que creen como por aquellas que simplemente se interesan por la historia religiosa.

Por último, citemos a ese obispo de Sardes, Melitón, que hacia el año 160 pasa su vida investigando los libros santos entre los judíos. No se poseía la lista de los libros santos en el fondo del Asia Menor sino de una manera muy incompleta. Melitón realizó una búsqueda, llegó hasta Siria, y alcanzó a conocer con exactitud el canon de los judíos; que para él es, sin duda, el canon de los libros sagrados.

Llegamos ahora a los tiempos de Marco Aurelio. La escisión se agudiza cada vez más. Policarpio y los que lo rodean son enemigos de los judíos. También los Apologistas son en general grandes adversarios del judaísmo. En realidad son abogados, tallan a bisel, como una fortaleza, la causa que defienden. En especial, el escrito anónimo conocido como *Epístola a Diogneto* es sorprendente a este respecto. Permite comprender muy bien el enorme error en que habían caído hacia fines del siglo segundo ramas enteras de la familia cristiana: se hubiera dicho que el cristianismo había germinado por sí solo y sin ayuda, con

independencia del judaísmo. El autor de la *Epístola a Diogneto* trata a los ritos judíos, de los que surgió el cristianismo, como "supersticiones". Nunca se vio una contradicción más singular.

Ya he dicho que la separación se hacía, sobre todo, por la influencia de la doctrina gnóstica. Bajo Marco Aurelio el divorcio distaba mucho todavía de ser absoluto. He aquí el montanismo, que se produce hacia 170; el montanismo es una recrudescencia del antiguo espíritu milenarista, profético, apocalíptico, entre las poblaciones ardientes y crédulas de Frigia. ¿Cuál es la idea constante del montanismo? Que Jerusalén va a ir a fijarse en Pepuza, en Frigia. Los sectarios pasaban los días, con los ojos dirigidos hacia el cielo para ver esta nueva Jerusalén resplandeciente entre las nubes, bajando a los cantones desolados de la Frigia catecúmena. Para ellos no estaba roto el lazo con las antiguas esperanzas de Israel.

Hay un libro sobre todo, que es un verdadero tesoro histórico: el relato, cuyo héroe es Clemente Romano y que se conoce con el nombre de *Reconocimientos*. Si se quieren comprender bien las relaciones del judaísmo con el cristianismo bajo Marco Aurelio, hay que leer este libro. La cuestión está tratada en cierto modo ex profeso en un sermón pronunciado por San Pedro en Trípoli, sobre la costa de Siria. Las bases del sistema de conciliación expuesto por San Pedro son éstas: el judaísmo y el cristianismo no difieren uno del otro, Moisés es Jesús, Jesús es Moisés. Hablando con propiedad ha existido desde los orígenes un solo profeta, renovado sin cesar; el mismo espíritu profético inspiró a todos. El judaísmo basta a quienes no conocen el cristianismo. La salvación puede encontrarse por igual en ambos.

Las expresiones de que se sirve este autor tan interesante, merecen meditarse. Según la fábula del relato, la familia de Clemente Romano se convirtió a la verdad. Eran paganos muy virtuosos y, como premio a sus virtudes, alcanzaron la verdadera religión: "Se hicieron judíos". Hacerse judíos, para el autor, es adoptar la verdad religiosa, que no está dividida en dos. Para él no hay sino una revelación, de la que el judaísmo y el cristianismo son las dos formas equivalentes y paralelas. Esta era la manera como se entendían las relaciones entre el judaísmo y el cristianismo bajo Marco Aurelio.

Más tarde, en el siglo III, la escisión llegó a ser más evidente bajo la influencia de la escuela de Alejandría, heredera de un gnosticismo

mitigado. Clemente de Alejandría y Orígenes no simpatizan con el judaísmo y hablan de él con poca justicia. Se advierte que la separación está a punto de consumarse; sin embargo, ella no se opera de una manera completa sino cuando el cristianismo alcanza la categoría de religión de Estado, bajo Constantino.

El cristianismo llegó a ser oficial, mientras el judaísmo guarda su carácter libre. ¿No es ya completa la separación? ¡Y bien!, aún no.

Hace poco recordaba los sermones de San Juan Crisóstomo contra los judíos.²

No existe documento histórico más interesante. Como es natural, el orador se muestra en ellos rudo, dogmático: utiliza toda clase de razonamientos, algunos de los cuales no son muy fuertes. Pero se nota que sus fieles estaban todavía en una comunidad de las más íntimas con la sinagoga. Les dice más de veinte veces (pues San Juan Crisóstomo se repite mucho, es un poco prolijo), "¿Qué vais a hacer a la sinagoga? ¿Queréis celebrar la Pascua? Y bien, también nosotros celebramos la Pascua, ¡venid con nosotros!"

Los cristianos de Antioquía, en el año 380, iban pues aun a la sinagoga en muchas circunstancias. Para dar más fuerza a un juramento se iba a la sinagoga, porque allí se encontraban los libros santos. A decir verdad ésta es la causa de la costumbre que Juan Crisóstomo combate como un abuso de los más graves. "Bien sé -dice Crisóstomo- lo que vais a responderme. Me diréis que es allí donde se encuentran la Ley y los profetas". Los cristianos no observaban suficientemente la Biblia hebrea y tenían el sentimiento de que los judíos eran los verdaderos guardianes.

Pero éstos ya sólo son rasgos de la comunidad primitiva, pues la separación se va haciendo cada vez más profunda. Entramos en la Edad Media, llegan los bárbaros y entonces comienza esta deplorable ingratitud de la humanidad cristiana contra el judaísmo. Las cosas siempre pasan así: cuando trabajamos por la humanidad es seguro que primero seremos robados y luego, por añadidura, golpeados.

El mundo había tomado la verdad religiosa del judaísmo y trató a éste de la manera más cruel. Sin embargo, no fue en la primera mitad de la Edad Media cuando sucedieron los hechos más deplorables. En esta

² Véase más adelante.

época había mala voluntad, es indudable, pero todavía no había persecuciones organizadas, o por lo menos eran muy escasas. Las cruzadas dieron la señal de las masacres de judíos. La escolástica contribuyó mucho por su parte para envenenar las cosas.

La teología cristiana se había organizado como una especie de ciencia, donde la revelación estaba en cierto modo encuadrada en los silogismos de la dialéctica de Aristóteles. Uno de los aspectos más falsos de esta escolástica consistía en su tendencia a buscar y encontrar errores por todas partes. Poseemos enumeraciones de estos errores que abarcan volúmenes enteros, y a menudo hay cosas excelentes entre estos pretendidos errores que se condenaban. En este furor de condenaciones teológicas se pensó que el Talmud debía contener los más graves errores. Los renegados tomaron cartas en el asunto y se transformaron en denunciadores. Entonces se instruyó el proceso del Talmud (1248): se lo quemó y como dice mi sabio maestro Víctor Le Clerc en *su Discurso sobre la historia literaria de Francia en el siglo XIV*: "Se quemó el Talmud y algunas veces al judío con el Talmud". Es el tiempo de las persecuciones abominables, de los autos de fe como el de Troves de 1288.

A fines del siglo XIII, el sistema de Felipe el Hermoso vino a perderlo todo. Comenzaron a realizarse grandes cosas, pero era necesario mucho dinero y en esta época el dinero se hacía por medios bastante tortuosos. La expoliación de los judíos fue lo primero que se ofreció. Es uno de los actos más vergonzosos de la historia de Francia. Hasta ese momento ésta había sido una tierra relativamente tolerante para los israelitas. Si se consulta el trabajo que incluimos en la Historia literaria de Francia sobre la situación de los judíos en nuestro país en el siglo XIII, trabajo cuyos méritos deben atribuirse a Neubauer, se verá que antes de finalizar el siglo XIII los judíos ejercían exactamente los mismos oficios que el resto de los franceses. Como secuela de los tristes acontecimientos a los que hemos aludido se realizó la distinción de profesiones entre israelitas y no israelitas. Se forzó a aquéllos a llevar un género de vida diferente de los demás. Su vida llegó a ser de aislamiento y proscripción. Pero es una ley histórica que una sociedad que condena a una parte de sus miembros es la primera víctima de estas medidas desgraciadas, pues una consecuencia de la proscripción es, en cierto modo, la creación de un privilegio para el proscripto. Se

lo sustrae a las cargas, condenándose, de este modo, tan sólo a las profesiones lucrativas.

De esa manera el israelita fue casi forzado a hacerse rico. En esta sociedad medieval, por lo menos a partir de fines del siglo XIII, el israelita no dispone sino de una profesión libre: la de enriquecerse, si bien es cierto que en ello hay un círculo vicioso de los más singulares. La Edad Media reprocha al israelita la misma profesión a la cual lo ha condenado. Le prohíbe el cultivo de la tierra, le veda el ejercicio de todas las profesiones onerosas y encuentra vituperable que el israelita aproveche lo que tiene de lucrativo una situación semejante. Se trata de uno de los más deplorables sofismas que sea dado conocer.

Por lo demás, el hecho de la devolución a los judíos de los negocios de dinero y finanzas en la Edad Media, era la consecuencia de ser considerados ajenos al derecho canónico. La Iglesia, en Francia por lo menos, profesaba las más exageradas y falsas ideas sobre la usura. Las doctrinas de los casuistas sobre la cuestión del interés del dinero, hacían imposibles, a la sociedad cristiana, casi todos los negocios.³

Para realizar la menor operación en dinero, era necesario emplear personas que no estuviesen sometidas al derecho canónico. La usura (y era usurero cualquiera que sacase el mínimo provecho de una inversión) era un crimen eclesiástico; El usurero no podía testar, no era enterrado en sagrado y su familia sufría la mancha de infamia, hasta el punto de que los cristianos estaban excluidos en absoluto de las operaciones de banca y hasta de seguros y comercio. Por lo tanto, la misma Edad Media era culpable de lo que reprochaba a los israelitas. 'No insistamos sobre este triste espectáculo. Lleguemos a una época más consoladora, ese siglo XVIII que proclamó por fin los derechos de la razón, los derechos del hombre, la verdadera teoría de la sociedad humana o sea el Estado sin dogma oficial, el Estado neutro en medio de las opiniones metafísicas y teológicas; en ese momento comenzó para los judíos la igualdad con los demás ciudadanos.

La Revolución ha encontrado aquí la verdadera solución con un sentimiento de absoluta justeza y todo el mundo se adherirá a ella.

³ Ver la memoria de Jourdain sobre los comienzos de la economía política en las escuelas de la Edad Media en las Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas letras, t. XXVIII, parte segunda.

Y ¿quién podía aceptar mejor que el pueblo judío, entonces, una solución semejante? Era el mismo pueblo hebreo quien la había preparado; la había preparado con todo su pasado, sus profetas, las grandes criaturas religiosas de Israel, que habían proclamado la unidad futura del género humano en la fe y en el derecho.

Los iniciadores de tal movimiento son en primer lugar, el antiguo y auténtico Isaías; luego su continuador durante la cautividad, ese genio religioso incomparable; después los esenios, esos poéticos ascetas que soñaban un ideal todavía no alcanzado. También el cristianismo contribuyó poderosamente a los progresos de la civilización. Y bien, el cristianismo, tan admirable en su lucha contra los bárbaros, cuando trata de mantener alguna traza de razón en medio de los desbordes de la brutalidad, el cristianismo, digo, no era sino la continuación de vuestros profetas. La gloria del cristianismo es la gloria del judaísmo. Sí, el mundo se hizo judío al convertirse a las leyes de dulzura y humanidad predicadas por los discípulos de Jesús.

Y ahora que estas grandes cosas se han cumplido, digamos con convicción: el judaísmo que sirvió tanto en el pasado, servirá todavía en el porvenir. Servirá a la causa verdadera, a la causa del liberalismo, del espíritu moderno. Todo judío es un liberal.⁴ Lo es por esencia. Por el contrario si observáis de cerca a los enemigos del judaísmo, veréis que en general son enemigos del espíritu moderno.

Los creadores del dogma liberal en religión, son, repito, vuestros antiguos profetas: Isaías, los Sibilinos, la escuela judía de Alejandría, los primeros cristianos, continuadores de los profetas. He ahí los verdaderos fundadores del espíritu de justicia en el mundo. Sirviendo al espíritu moderno, el judío no hace en realidad otra cosa que servir a la obra a la cual contribuyó más que nadie en el pasado y, agreguemos, por la que ha sufrido tanto.

En una palabra, la religión pura, que entrevemos como capaz de reunir a la humanidad toda entera, será la realización de la religión de Israel, la religión judía ideal, desembarazada de las escorias que puedan haberse entremezclado.

⁴ Por supuesto que esto se aplica a los judíos franceses, tales como los hizo la Revolución, pero estamos persuadidos de que cualquier país que desee renovar la, experiencia, renunciando a la religión de Estado, haciendo laica la vida civil y practicando la igualdad de todos los

Por ello resulta reconfortante la creación de la Sociedad de Estudios Judíos, que colocará todas estas verdades bajo una luz muy particular. Trabajemos todos juntos, pues la obra es común. Algunas veces me he complacido en soñar en el día en que la humanidad, reconocida a los griegos, ciudadanos ante la ley, llegará al mismo resultado y encontrará excelentes patriotas tanto en el culto israelita como en los demás cultos.

El estudio, el esclarecimiento, la explicación de la Biblia, he ahí la obra –a la que nos satisface haber sido invitados-. ¡Y qué homenaje mejor al espíritu de Israel que ese prodigioso trabajo de la exégesis moderna, que esas innumerables investigaciones críticas para elucidar, no digo alguna frase, sino cada palabra, cada letra de tales textos antiguos!

Este libro es una cosa tan única en la humanidad, que cada una de las sílabas que se ha escrito se ha convertido en un tema de batallas interminables.

El diccionario hebreo decide de la suerte de la humanidad. Hay cierto dogma que reposa sobre un error de interpretación de determinado pasaje de vuestra Biblia, nacido de un error de los copistas. Cualquiera de estos escribas, por una distracción, ha decidido de la teología del porvenir.

Cuando tuve el honor de ser agregado al departamento de los manuscritos de la Biblioteca Imperial -hoy Biblioteca Nacional-, recibí la visita del célebre doctor Pusey, hombre respetable si los hubo y, como se sabe, muy ortodoxo. Cuando le hube entregado los manuscritos árabes que deseaba, vio sobre mi mesa el *Thesaurus* de Gesenius. De inmediato su rostro ensombrecióse, se puso severo y me dijo: "Ese es un libro peligroso en extremo, lleno de racionalismo y errores". Al día siguiente recibí de él una carta de más de diez páginas -que conservo celosamente- para demostrarme que tan sólo hacían falta ojos para ver las predicciones más claras del Mesías en el capítulo LIII de Isaías.

Y bien, he ahí la gloria judía, ¿cuántos volúmenes ha producido ya ese capítulo LIII? ¿Cuánto se ha escrito sobre cierto pronombre contenido en ese capítulo LIII? ¿Cuántas búsquedas, cuántos esfuerzos para determinar si ese pronombre lamo debe tomarse como singular o como plural! La fe de una multitud de gentes ha reposado sobre este pronombre Lamo.

Se trata de sutilezas, pero al mismo tiempo, son otros tantos homenajes rendidos a la grandeza de ese pasado.

Trabajemos, pues, como se ha hecho hasta ahora, y les ruego que acepten nuestra colaboración.

La Biblia, sin duda, es el libro de la humanidad entera, es el documento fundamental de la historia de los desarrollos sucesivos de la idea religiosa en la humanidad.

PARTE II

EL JUDAISMO COMO RAZA Y COMO RELIGION

NO dejo de sentirme en gran medida perturbado y confundido ante la generosa insistencia de esa docta institución que me obliga a tratar de la cuestión del judaísmo como raza y como religión. Reclamo indulgencia en estas circunstancias porque sé que lo que puede expresar mi mano quizá no se ajuste con precisión a lo que se está gestando en mi pensamiento ni a la extensión de los problemas que vengo investigando desde hace cierto tiempo. Me arriesgo, pues, a aparecer un tanto escueto y tal vez superficial, en la esperanza de que como el tema habla por sí mismo será capaz de sostenerme.

Desearía cambiar algunas ideas en este caso sobre la distinción que entiendo debe hacerse entre la cuestión religiosa y la etnográfica en lo que al judaísmo concierne. Que el judaísmo sea una religión y una gran religión, es claro como el día. Pero de ordinario se va más lejos. Se considera al judaísmo como un hecho racial, se dice: la raza judía; se supone, en una palabra, que el pueblo judío, en su origen, creó esta religión y la conservó siempre para sí mismo. Se advierte sin dificultad que el cristianismo se separó de ella en una época determinada, pero se llega a creer voluntariamente que este pequeño pueblo creador ha permanecido siempre idéntico a sí mismo, es decir, que un judío de religión lo será siempre de sangre. ¿Hasta qué punto es esto exacto? ¿En qué medida convendría modificar este concepto? Vamos a examinar la cuestión. Pero antes se me ha de permitir plantear bien el problema mediante una comparación.

Existe en la tierra, en Bombay, una pequeña religión, la de los parsis, o sea la antigua religión de Persia. En este caso el asunto es bien claro. El parsismo es una religión que en sus orígenes fue nacional y que hoy es conservada por una raza más o menos homogénea; no creo que jamás hayan existido conversiones al parsismo. He ahí, pues, un hecho religioso íntimamente enlazado con un hecho de raza.

Tomemos por el contrario, el protestantismo en los países en que se encuentra en minoría, como por ejemplo en Francia. Aquí la situación es inversa, no existe hecho etnográfico. ¿Por qué es protestante un

hombre? Porque sus antepasados lo fueron. ¿Por qué lo fueron sus antepasados? Porque en el siglo XVI se encontraron en una disposición intelectual y moral que los condujo a adoptar la reforma del cristianismo. La etnografía no tiene nada que hacer en tal caso y es inútil que se sostenga que quienes se convirtieron al catolicismo en el siglo XVI tenían para ello una razón racial. Sería esto una sutileza, o por lo menos una consideración de orden diferente a las que consideramos en este momento.

Por el contrario, en el parsismo, hay por cierto un hecho etnográfico, pues, lo repito, hay poco espíritu de proselitismo en esa pequeña sociedad religiosa situada en Bombay.

Y bien, ¿cuál es la situación del judaísmo? ¿Es análoga a la del protestantismo o es una religión etnográfica como el parsismo? Este es el punto sobre el que desearía reflexionar aquí.

Existe un principio fundamental que no ha de detenerme mucho. Escribo para personas al corriente de la ciencia y el principio de que se trata es, en cierto modo, el a b c de la ciencia de las religiones: se trata de la distinción entre religiones nacionales o locales y religiones universales.

No existen más que tres religiones universales. En primer lugar está el budismo, o por decir mejor, el induismo, pues sabemos que antes de la propaganda budista existió una propaganda india. Los antiguos monumentos de la Indochina no son budistas, son brahamánicos y el budismo sólo apareció más tarde, pero reconocemos que la religión india fue conquistadora, sobre todo bajo la forma budista. La segunda religión universal es el cristianismo y la tercera el islamismo. En este caso se trata de tres hechos que nada tienen de etnográficos, pues hay budistas, cristianos y musulmanes de todas las razas. Sabemos, por lo menos aproximadamente, la fecha de la aparición de estas tres religiones en el mundo.

El budismo remonta a cuatrocientos o quinientos años antes de Cristo, sus grandes conquistas son posteriores. En cuanto al cristianismo y al islamismo no existen dudas sobre la época de su formación.

Pero, fuera de estas religiones universales se encuentran millares de religiones locales y nacionales. Atenas tuvo la suya, Esparta la suya, todas las naciones de la antigüedad tuvieron una religión particular. Las comarcas tenían también su religión en el mundo antiguo. Ésta es

una de las ideas más arraigadas de la antigüedad. En los siglos II y III de nuestra era, el eterno razonamiento de Celso y de los adversarios del cristianismo consiste en que los países tienen dioses que los protegen y se interesan en su destino.

Esta antigua idea está expresada de la manera más ingenua en un relato del segundo Libro de los Reyes, relativo a la situación en que se encuentran los cutesos que han sido transportados por los asirios a Samaria. Sufren algunas desventuras. Son atacados por leones que ellos consideran emisarios del dios del país, descontento por no ser adorado a su manera y envían al gobierno asirio una petición que se resume más o menos así: "El dios de este país nos reprocha el no ser servido como debe hacerse; enviadnos sacerdotes que sepan cómo podríamos satisfacerlo". He aquí una idea muy distinta por cierto de la cristiana y la budista. El dios en este caso es esencialmente local y provincial.

Todas las religiones locales o nacionales han muerto. La humanidad ha querido, cada vez con más intensidad, religiones universales que explicasen al hombre sus deberes generales y tuviesen la pretensión de enseñarle el secreto de sus destinos. Las religiones nacionales tenían un objetivo más limitado: el patriotismo, combinado con esa idea de que cada país tiene un genio que vela por él y exige que se le sirva de una manera determinada. Esta teología estrecha ha desaparecido por completo. Ha desaparecido frente a la idea cristiana, la budista y la musulmana. Éste fue un inmenso progreso. No veo tal vez en la historia de las naciones civilizadas sino dos ejemplos de antiguas religiones nacionales que hayan sobrevivido: se trata primero del parsismo (e inclusive debe agregarse que para sus sectarios el parsismo presenta en muchos aspectos una fisonomía universal), y luego el judaísmo que, según cierta concepción, sería la religión de un país, el país de Israel o de Judá, conservada por los descendientes de quienes habitaron ese país.

Ahora bien, repito que esto requiere que se lo examine de muy cerca. Que la religión israelita, el judaísmo, haya sido en sus orígenes una religión nacional es algo que está fuera de duda por completo. Se trata de la religión de los Beni Israel, la cual, durante siglos no tuvo diferencias esenciales con la de los pueblos vecinos, los moabitas, por ejemplo. Jehová, el dios israelita, protege a Israel como Camos, el dios moabita, protege a Moab. Ahora sabemos con seguridad cuál era el sentimiento religioso de un moabita desde que se ha descubierto esa

inscripción del rey Mesa, que se encuentra en el Louvre, y en la cual este rey del siglo IX antes de Cristo, nos hace en cierto modo sus confidencias religiosas. Creo que las ideas de David eran más o menos las mismas que las de Mesa. Hay una asociación estrecha entre Mesa y su dios Camos; Camos interviene en todas las circunstancias de la vida del rey, le da órdenes y consejos, Camos es quien obtiene todas las victorias, el rey le brinda hermosos sacrificios y le trae los objetos sagrados de los dioses vencidos. Recompensa al dios en proporción a lo que éste le ha dado: es la religión del trueque. La religión de Israel también fue por mucho tiempo una religión egoísta, interesada, la religión de un dios particular, Jehová. ¿Qué es lo que hizo que este culto de Jehová haya llegado a ser la religión universal del mundo civilizado? Fueron los profetas, hacia el siglo VIII antes de Cristo. He aquí la gloria propia de Israel. Carecemos de pruebas que demuestren que en los pueblos vecinos y más o menos congéneres de los israelitas, fenicios por ejemplo, no hubiese profetas. Había sin duda nabis que eran consultados cuando alguien había perdido su asno o deseaba conocer un secreto: eran hechiceros. Pero los nabis de Israel son otra cosa: fueron los creadores de la religión pura. Vemos aparecer hacia el siglo VIII antes de Cristo a estos hombres, entre los cuales Isaías es el más ilustre, que no son sacerdotes y que vienen a decir: "Los sacrificios son inútiles, Dios no siente ningún placer en ellos. ¿Cómo podéis tener una idea tan baja de la Divinidad como para no comprender que esos malos olores de grasa quemada enferman su corazón? Sed justos, adorad a Dios con manos puras; éste es el culto que reclama de vosotros". Dudo mucho de que se hayan hecho semejantes razonamientos en tiempos del Rey Mesa o de David. En ese tiempo la religión no era sino el intercambio de buenos servicios entre el dios y su servidor; por el contrario, los profetas del siglo VIII proclaman que el verdadero servidor de Jehová es aquel que practica el bien. La religión llega a ser así algo moral y universal; se penetra de la idea de justicia y a ello se debe que estos profetas de Israel sean los tribunos más exaltados que hayan existido nunca, tanto más ásperos por cuanto carecen de la visión de una vida futura para consolarse y que es aquí abajo donde, según ellos, debe reinar la justicia.

Ésta es una aparición única en la historia del mundo: la aparición de la religión pura. Se puede ver, en efecto, que una religión semejante no puede tener nada de nacional. Cuando se adora a un dios que ha hecho

el cielo y la tierra, que ama el bien y castiga el mal (esto era muy difícil de probar sin las ideas de ultratumba, pero se hacía lo que se podía); cuando se proclama una religión semejante, ya no se está en los límites de una nacionalidad, se ha llegado a la plena conciencia humana en su más amplio sentido. También estos grandes creadores sacaron las consecuencias de su doctrina con toda claridad, consecuencias cuya última etapa hubiera sido la supresión de los sacrificios y del templo. Habrían llegado a ello, ¡qué digo!, llegaron a ello; los fundadores del cristianismo son los últimos representantes del espíritu profético; y obsérvese que el cristianismo proclama que los sacrificios son un hecho absolutamente arcaico y que debe excluirse de la religión según el espíritu.

En lo que al templo se refiere, se llegó a acusar al fundador del cristianismo por hablar en contra de él. ¿Lo hizo realmente? Nunca podremos saberlo. Pero en todo caso, ocurrió un acontecimiento que liquida toda cuestión: me refiero a la destrucción del templo por los romanos. Esta destrucción fue un inmenso beneficio, puesto que es muy dudoso que el cristianismo hubiera conseguido apartarse completamente del templo si éste hubiera subsistido.

Repito: el primer fundador del cristianismo fue Isaías, hacia el año 725 antes de Cristo. Al introducir en el mundo israelita la idea de una religión moral, la idea de la justicia y del valor secundario de los sacrificios, Isaías precedió a Jesús en siete siglos. A la idea de la religión pura se une en los profetas de la misma época, la concepción de una especie de edad de oro que aparece ya en el futuro. El rasgo característico de Israel es el anuncio obstinado de un porvenir brillante para la humanidad, de un estado en que la justicia reinará sobre la tierra, en que los cultos inferiores, groseros e idolátricos, habrán desaparecido. Esto se advierte con claridad en las partes auténticas de Isaías. Se sabe que es preciso realizar un delicado análisis en las obras de este profeta. La última parte del libro que se le atribuye es posterior a la cautividad; pero los capítulos que tengo en vista, a saber, XI, XIX, XXIII, XXXII, por ejemplo, son sin duda del mismo Isaías; ahora bien, es precisamente allí donde más se insiste sobre la conversión de los paganos de Egipto, Tiro y Asiria.

Así es como la idolatría desaparecerá del mundo por obra del pueblo judío, el cual será entonces como una "bandera" que los pueblos verán en el horizonte y a cuyo alrededor vendrán a reunirse. El ideal mesiá-

nico o sibilino está delineado, pues, en lo principal, mucho antes de la cautividad de Babilonia. Israel sueña con un porvenir de dicha para la humanidad, un reino perfecto, cuya capital será Jerusalén, a donde vendrán todos los pueblos para rendir homenaje al Eterno. Es bien claro que una religión semejante no puede considerarse nacional. No podrá discutirse que en el fondo de todo esto existe una parte de orgullo nacional, ¿cuál es la obra histórica en la que no se reconozca ese orgullo? Pero veréis con claridad que la idea es universal por esencia y de allí a la propaganda y la predicación no hay más que un paso. Por esta época el mundo no se prestaba a una gran propaganda, como fue más tarde el apostolado cristiano. Las misiones de San Pablo, las relaciones de las iglesias entre sí, eran imposibles sin el Imperio Romano. Pero no por ello puede ser dudoso que la concepción de una iglesia universal hubiese nacido ya en el seno del viejo Israel. Esa idea se manifiesta con mucha mayor energía aun en los escritos del cautiverio. El siglo que siguió a la destrucción de Jerusalén fue para el genio judío una época de maravillosos desenvolvimientos. Recordad los hermosos capítulos colocados a continuación del libro de Isaías: "Levántate, resplandece, Jerusalén, pues la luz del Eterno va a levantarse sobre ti". Recordemos también la imagen de Zacarías: "Día llegará en que diez hombres de todas las lenguas se acercarán a los pliegues de las vestiduras de un judío y le dirán: Condúcenos a Jerusalén porque es allí donde se realizan los verdaderos sacrificios, los únicos que agradan al Eterno". La luz emanará, pues, del pueblo judío y llenará el mundo entero. Una idea semejante nada tiene de etnográfica, es universal en el más alto grado y el pueblo que la proclama está llamado a un destino que sobrepasará en mucho los límites de una actuación nacional determinada.

¿Qué aconteció, desde el punto de vista de la raza, durante la cautividad y sobre todo durante ese largo período de la dominación persa, desde el año 530 más o menos antes de Cristo, hasta Alejandro? Nada sabemos de ello. ¿Existieron por entonces en Israel cruzamientos étnicos numerosos? Sería temerario afirmarlo, pero, por otro lado no podemos dejar de reconocer la posibilidad. La valla que rodeaba a Israel debió sufrir durante ese tiempo de desorganización más de una brecha. Apenas encuentro un hecho que pueda relacionarse con el asunto que nos ocupa: la profunda aversión que los reformadores Nehemías y Esdras manifiestan hacia los matrimonios mixtos, que en ellos es una

idea fija. Es probable que "entre las bandas de judíos que volvían de Oriente hubiese más hombres que mujeres, lo que obligó a los fugitivos a tomar sus mujeres en las tribus vecinas. Tales uniones estaban prohibidas desde el punto de vista religioso, pero quizá precisamente debido a que estaban severamente prohibidas es probable que se hayan realizado en gran número.

Un hecho que tiene también su importancia es el que se relata sobre el reino de Samaria, el cual, luego de su destrucción por los asirios, había sido poblado por extranjeros, según se nos dice. En esto hay probablemente alguna exageración. El país, según los relatos de los Libros de los Reyes, sería un desierto, cosa que parece poco probable. Sin embargo, no es dudoso que los colonos traídos por los asirios hayan introducido en la masa israelita muchos elementos que nada tenían de común con ella.

Llegamos a la época griega y romana. Es el momento en que el proselitismo judío alcanza la expansión más completa, es también el momento en que la etnografía del pueblo judío, encerrada hasta ese instante en los límites estrechos, se amplía por completo y admite una serie de elementos extranjeros. Me dirijo a personas demasiado instruidas como para que sea necesario insistir sobre los detalles. Todo el mundo sabe lo activa que fue esta propaganda judía durante la época griega, en Antioquía y Alejandría.

En lo que a Antioquía se refiere, quisiera insistir sobre un pasaje de Josefo que siempre me pareció muy curioso. Se encuentra en *la Guerra de los judíos* (libro VII, cap. III, § 3). Josefo habla de la extraordinaria prosperidad de la judería de Antioquía y dice (traduzco en forma literal sus palabras):

"Habiendo atraído a su culto un gran número de helenos, éstos entraron a formar parte de una comunidad".

No se trata aquí, pues, tan sólo de hombres que llevaran la vida judía, como sucedió en Roma más tarde, prosélitos incircuncisos: no, se trata de helenos en gran número que se convierten al judaísmo y que entran a formar parte de la sinagoga. No se refiere a medio-judíos como serán los judaizantes de la casa de los Flavios, sino a gentes que se hacen judías y que aceptan el acto capital de la iniciación al judaísmo: la circuncisión.

En Alejandría las cosas fueron muy diferentes. Es cierto que la Iglesia judía de Alejandría se había reclutado en gran parte entre la población egipciohelénica: el hebreo se olvidó con rapidez. Allí se pudo advertir esa enorme producción de libros de propaganda que anticiparon el cristianismo; allí vieron la luz esos libros sibilinos, esos falsos autores clásicos, destinados a predicar el monoteísmo. Se quería convertir a todo precio a los paganos; los propagandistas, en su celo, no encontraban nada mejor que atribuir a escritores antiguos con suficiente autoridad, obras en las que se enseñaban las buenas doctrinas. De esta manera aparecieron el Pseudo Focílides, el Pseudo Heráclito, destinados a predicar un judaísmo mitigado, reducido a una especie de religión natural.

El hecho mismo de esta propaganda extraordinaria del judaísmo, de ciento cincuenta años a. J. C. a doscientos años de nuestra era, más o menos, es incontestable. Pero se objetará que quien prueba mucho no prueba nada. El resultado de este proselitismo ha sido para el judaísmo mucho más religioso que etnográfico, Las gentes convertidas de esta suerte se hacían circuncidar muy rara vez. Lo que en Roma se llamaba *vitam judaicam agere* (llevar una vida judía), era nada más que practicar el sabbat y la moral judía. Las gentes "que temían a Dios", los metuentes (temerosos), *judaei improfessi*, no permanecieron judíos, no hicieron sino pasar por el judaísmo para transformarse en cristianos.

Sin duda la mayor parte de esos helenos que habían adoptado la vida judía sin la circuncisión adoptaron de inmediato el cristianismo. Entre ellos encontró éste su terreno primitivo. Pero también es cierto que un gran número de entre ellos llegaron a ser verdaderos judíos.

Se acaba de tener prueba de esto por el pasaje de Josefo que cité hace un instante. Podría mencionar muchos otros hechos, por ejemplo aquellas mujeres de Damasco, que según Josefo se hicieron judías en un instante. Siria era el teatro de una inmensa propaganda. Mi sabio colega José Derenbourg lo ha establecido de una manera definitiva. Tenemos la prueba directa para Palmira, para Iturea y para Hauran. Nada más conocido que la historia de Helena, reina de Adiabena, que se hizo judía con toda su familia; es muy probable que una gran parte de la población siguiera el ejemplo de la dinastía. En todos estos casos no se trata de simples simpatizantes, de gentes "que aman a los judíos", se trata de perfectos judíos, de judíos circuncisos. Aun en el caso de que se niegue la importancia de las conversiones al judaísmo con refe-

rencia a los países griegos y latinos, no se podría negarla para el Oriente, para Siria sobre todo. En Palmira, por ejemplo, las inscripciones tienen un carácter judío muy señalado.

La dinastía de los Asmoneos y la de Herodes contribuyeron mucho a esta gran corriente religiosa, que arrastró al judaísmo una masa de elementos sirios. Los Asmoneos fueron conquistadores, reconstituyeron casi por completo el antiguo dominio de Israel. Existían allí poblaciones que ya no eran judías, había muchos paganos. Fueron conquistadas por Juan Hyrcan, por Alejandro Janneo y forzadas a aceptar la circuncisión. La compulsión fue bastante violenta. Bajo los Herodes la conversión se realizó por otros motivos. Los Herodes eran una familia extremadamente rica y el atractivo de espléndidos matrimonios llevó a muchos príncipes menores de Oriente, de Emesa, de Cilicia, de Comágene, a hacerse judíos. Hubo también un considerable número de conversiones, si bien es cierto que no debe extremarse la proporción al grado de creer que Siria se judaizó.

He de leer a este respecto un pasaje de Josefo, en su tratado *Contra Apión*, 11, 39.

"De ahí el deseo que se apoderó de grandes multitudes de adoptar nuestro culto, hasta el punto de que no existía una ciudad griega o bárbara en la que no hubiese gentes que practicasen el sabbat, los ayunos, las distinciones de alimentos que observamos nosotros. Tratan de imitar también nuestra concordia, nuestras limosnas, nuestro gusto por el trabajo, nuestro coraje de sufrirlo todo por la Ley. Y lo más asombroso es que la Ley, sin ninguna atracción sensual, realizó por sí misma estos milagros, y del mismo modo que Dios penetra el universo, así la Ley se infiltró en todos los hombres. Si alguien duda de mi palabra, lo conjuro a poner los ojos sobre su patria, sobre su familia."

Observemos la expresión, "el gusto que ponemos en nuestras labores". En efecto, los judíos y los cristianos practicaban en general pequeñas labores, eran excelentes obreros. Allí se encuentra uno de los secretos de la gran revolución social del cristianismo, fue la rehabilitación del trabajo libre.

En el pasaje de Josefo hay un poco de exageración, Josefo peca a menudo por este defecto, pero el hecho general que señala tiene sin duda su parte de verdad.

He aquí ahora un pasaje de Dion Casio, que escribió hacia el año 225. Era un hombre de Estado, un senador que conocía su tiempo. Va a referirse a una de las guerras de Judea:

"...Este país -dice (libro XXXVII, cap. XVII)-, se llama Judea y los habitantes se llaman judíos. No conozco el origen de este segundo nombre, pero se aplica a otros hombres que han adoptado las instituciones de este pueblo aunque pertenezcan a otra raza. Y entre los romanos hay muchas gentes de esta clase y lo que se hizo para detenerlos no tuvo otro resúltalo que multiplicarlos, hasta tal punto que fue preciso concederles la libertad de vivir según sus propias leyes."

Este pasaje es claro: Casio sabe que existen judíos de raza continuadores de la antigua tradición pero que junto a éstos hay judíos que no lo son de sangre y que, sin embargo, son parecidos por entero a los judíos por las observancias religiosas.

Sin duda que muchas gentes atraídas hacia el monoteísmo permanecían en esta especie de deísmo, cuya perfecta expresión la encontramos en los libros sibilinos o el Seudo Focílides, pequeño y curioso libro, especie de tratado moral para los paganos y del que tenemos algo así como una edición cristiana en las prescripciones de lo que llamamos el concilio de Jerusalén. Este judaísmo mitigado, hecho a la usanza de los gentiles, suprimía el gran obstáculo a las conversiones, la circuncisión. Tuvo un enorme éxito, gracias a la predicación cristiana.

Pero lo que debe sostenerse de manera absoluta es que además un gran número de conversos se hicieron circuncidar y llegaron a ser judíos según todas las condiciones impuestas a los supuestos descendientes de Abraham.

Dejadme leerlos un pasaje de Juvenal (Sat. XIV, vers. 95 y sig.), que merece que se considere en cada una de sus palabras:

*Quidam sortiti metuentem sabbata patrem Nil praeter nubes et caeli numen adorant, Nec distare putant humana carne suillam, Qua pater abstinuit, mox et praepudia ponunt; Romanas autem soliti contemnere leges, Judaicum ediscunt et servant ac metuunt jus, Tradidit arcano quodcumque volumine Moses Non monstrare vias eadem nisi sacra colenti, Quaesitum ad fontem solos deducere verpos. Sed pater in causa est cui septima quaeque fuit lux. Ignava et partem vitae non attigit ullam.*⁵

Así, pues, esto comienza por un padre que es un simple "temeroso de Dios" y se limita a practicar el sabat; pero el hijo de este metuens llega a ser un judío según toda la fuerza del término y hasta un judío fanático, un censor de las cosas romanas.

Lo que Juvenal agrega es probablemente una calumnia. No creo que muchos judíos de esta época hayan llevado el fanatismo hasta el extremo de no señalar el camino a quienes no pertenecían a su religión.

¿Qué importa por lo demás? No existe ninguna historia inmaculada. La del pueblo judío es una de las más bellas que existe y no lamento haber dedicado mi vida a su estudio. Pero estoy lejos de pretender que sea una historia sin tacha: en ese caso estaría colocada fuera de la humanidad. Si pudiera yo vivir otra existencia, no titubearía en dedicarla a la historia griega que en algunos aspectos es todavía más hermosa que la judía. En cierto modo éstas son las dos historias arquetípicas de la humanidad. Y también, si escribiese la historia de los pueblos griegos, la más maravillosa de todas, no me rehusaría a señalar en ella los aspectos vergonzosos. Se puede admirar a Grecia sin creerse obligado a sentir admiración por Cleón y las feas páginas de los anales de la demagogia ateniense. Por lo mismo y debido a que encontramos que el pueblo judío fue tal vez la aparición más extraordinaria de la histo-

⁵ El hijo de un supersticioso observador del sabat no adora más que el poder de las nubes y del cielo; al igual que su padre tiene tanto horror por la carne de cerdo como por la humana; y pronto se hace circuncidar. Educado en el desprecio por las leyes romanas, no estudia, no practica ni respeta sino la ley de Moisés y todo aquello que Moisés trasmite a sus partidarios en un libro misterioso. No indicaría la ruta a un viajero que no sea de su secta, ni señalaría la fuente a un no circunciso. Y todo esto porque su padre se entrega a la inacción el séptimo día de cada semana, sin tomar parte en los deberes de la vida.

ria, no estamos obligados a negar que existan en su larga vida hechos condenables.

Tomemos, pues, los alegatos de Juvenal por lo que valen, pero sigamos su razonamiento. El mal, según él, está en la tendencia de la sociedad romana hacia el judaísmo. ¿Por qué existen tantas gentes que renuncian a la tradición romana para abrazar la judía? La culpa pertenece a quienes adoptaron primero las prácticas judías sin obligarse a la circuncisión. Los padres observaron el sabbat: fueron nada más que metuentes, hombres que temían a Dios; los hijos se hicieron circuncidar y llegaron a ser judíos ardientes.

Podéis notar que la gran propaganda que se ejerció desde Alejandro hasta el siglo III de nuestra era, se realizó sobre todo (esto queda fuera de duda) en provecho del cristianismo, pero se hizo también en provecho del judaísmo estrecho, que implicaba las prácticas rigurosas de la antigua religión de Israel. Sí, el mundo, en cierta época, disgustado con las antiguas religiones nacionales, se convirtió del paganismo al monoteísmo. Ya he citado algunos textos, podría citar otros.

Transgressi in morem eorum, dice Tácito, *idem usurpant* (Hist. V, 5).

Se trata allí de la circuncisión.

Según Tácito, los que pasaban al judaísmo se hacían circuncidar. Había, pues, entre los convertidos, gentes que llevaban la vida judía sin ser circuncisos y otros que eran verdaderos judíos.

Una distinción profundamente significativa es la que establece una ley de Antonino Pío, comentada por Modestino. Antonino permite a los judíos circuncidar a sus hijos, pero tan sólo a sus hijos.

Repito, cuando la autoridad es llevada a prohibir una práctica, es porque esta práctica se ha difundido y ha adquirido una extensión considerable.

Creo, pues, que estos hechos bastan para establecer que en la época griega y en la romana hubo una multitud de conversiones directas al judaísmo. Resulta de ello que a partir de esta época la palabra judaísmo no tiene casi significación etnográfica. Conforme a la predicción de los profetas, el judaísmo se había transformado en algo universal. Todo el mundo tenía cabida en él. El movimiento que alejó del paganismo en los primeros siglos de nuestra era a las personas animadas de sentimientos religiosos delicados, provocó una multitud de conversio-

nes. El mayor número de éstas se realizó por cierto al cristianismo, pero también una gran cantidad lo hizo al judaísmo. Por ejemplo, la mayor parte de los judíos de la Galia e Italia debieron provenir de tales conversiones y la Sinagoga quedó al lado de la Iglesia como una minoría disidente.

Es cierto que luego de esto se produjo la gran reacción talmúdica, después de la guerra de Bar-Coziba. Casi siempre aconteció así en la historia: cuando una grande y amplia corriente de ideas se produce en el mundo, aquellos que fueron los primeros en provocarla son las primeras víctimas; entonces se arrepienten casi de lo que han hecho y, de excesivamente liberales que eran llegan a ser reaccionarios en un grado que asombra. El Talmud fue la reacción. El judaísmo siente que ha ido demasiado lejos, que va a fundirse, a disolverse en el cristianismo. Entonces se encierra. A partir de este momento, el proselitismo desaparece, los prosélitos son tratados de flagelo, de lepra de Israel. Pero antes de esto, repito, las puertas habían estado abiertas de par en par.

Los mismos talmudistas ¿son completamente herméticos? No por cierto; el proselitismo, condenado por los doctores no dejó de ser practicado por laicos piadosos, más fieles al antiguo espíritu que los puritanos en la Thora. Pero en adelante habrá que hacer una distinción. Los judíos ortodoxos, observadores rigurosos de la Ley se estrechan unos contra otros y, como la Ley tan sólo se puede observar en una sociedad religiosa estrechamente cerrada, se aíslan de manera sistemática del resto del mundo durante siglos. Pero fuera de los talmudistas escrupulosos existen judíos de ideas relativamente amplias.

No conozco nada más curioso a este respecto que los sermones de San Juan Crisóstomo contra los judíos. En estos sermones el fondo de la discusión no tiene gran interés, pero el orador, por entonces sacerdote en Antioquía, se muestra obsesionado por una idea fija: impedir a sus fieles que vayan a la sinagoga para prestar juramento en ella o para celebrar la fiesta de Pascua. Es evidente que en Antioquía durante esta época la división de las dos sectas en la gran ciudad se había realizado apenas. Gregorio de Tours nos ha conservado sobre el judaísmo en las Galias informes inapreciables. Había muchos judíos en París, Orleáns y Clermont. Gregorio de Tours los combate como herejes. No piensa que son gentes de otra raza. Se me dirá que la etnografía no era muy familiar a un espíritu tan simple. Es cierto, pero ¿de dónde venían esos judíos de Orleáns y París? ¿Podemos suponer que todos fuesen des-

endientes de los orientales venidos de Palestina en cierta época y que hubieran fundado una especie de colonia en ciertas ciudades? No lo creo. Existieron sin duda en Galia emigrantes judíos que remontaron el Ródano y el Saona y sirvieron de semilla en cierto modo, pero también hubo una multitud de gentes que se unieron al judaísmo por conversión y que no tenían un solo antepasado en Palestina. Y cuando se piensa que las juderías de Inglaterra y Alemania vinieron de Francia, uno lamenta no tener más información sobre los orígenes del judaísmo en este último país. Es probable que se sepa entonces que el judío de las Galias de tiempos de Gontrán y Chilperico no, era, en la mayor parte de los casos, nada más que un galo que profesaba la religión israelita.

Dejemos de lado estos hechos oscuros, pues hay otros perfectamente claros: en primer lugar la conversión de Arabia y Abisinia, que nadie niega. El judaísmo había cumplido en Arabia, antes de Mahoma, conquistas inmensas, un gran número de árabes se habían adherido a la religión israelita. Por un hilo, Arabia no llegó a ser judía. Mahoma fue judío en determinada época de su vida y puede decirse que hasta cierto punto nunca dejó de serlo. Los falashas, o judíos de Abisinia, son africanos que hablan una lengua africana y leen la Biblia traducida a este idioma.

Pero tenemos un acontecimiento histórico más importante, más próximo a nosotros y que parece haber tenido consecuencias más graves: la conversión de los Khozars, sobre la cual tenemos datos precisos. Ese reino de los Khozars, que ocupaba casi toda la Rusia meridional, adoptó el judaísmo en tiempos de Carlomagno. Con este hecho histórico se relacionan los karaitas de la Rusia meridional y esas inscripciones hebraicas de la Crimea, donde desde el siglo VIII se encuentran nombres tártaros o turcos, como Toktamisch. ¿Acaso un judío de origen palestino se hubiera llamado nunca Toktamisch en lugar de llamarse Abraham, Levy o Jacobo? Evidentemente no, este Toktamisch era un tártaro, un nogai convertido o hijo de converso.

La conversión del reino de los Khozars tiene una importancia considerable en la cuestión del origen de los judíos que habitan los países danubianos y el mediodía de Rusia. Estas regiones encierran grandes masas de poblaciones judías que no tienen nada o casi nada de judías desde el punto de vista etnográfico. Una circunstancia particular debió llevar al seno del judaísmo muchas gentes no judías de raza. Me refie-

ro a la esclavitud o la domesticidad. Observamos que en todos los países cristianos, principalmente en los eslavos, la gran preocupación de los obispos y los concilios es prohibir a los judíos el tener servidores cristianos. La domesticidad favorecía el proselitismo, y los esclavos de los judíos eran impulsados, en mayor o menor grado, a la profesión del judaísmo.

Por lo tanto está fuera de duda que el judaísmo representó en sus primeros tiempos la tradición de una raza particular. También está fuera de duda que hubo en el fenómeno de la formación del pueblo israelita actual un aporte de la sangre palestina primitiva, pero al mismo tiempo abrigó la convicción de que hay en el conjunto de la población judía tal como existe en nuestros días una parte considerable de sangre no semítica, si bien es cierto que esta raza, que se considera como el ideal del *ethnos* puro, conservada a través de los siglos por la prohibición de los matrimonios mixtos, fue penetrada fuertemente por influencias extranjeras, un poco a la manera como ha sucedido en las demás razas. En otros términos: el judaísmo en sus orígenes fue una religión nacional; en nuestros días ha vuelto a ser una religión cerrada; pero en el intervalo, durante largos siglos, el judaísmo fue abierto, masas muy considerables de poblaciones no israelitas de sangre, abrazaron el judaísmo; de suerte que la significación de esta palabra desde el punto de vista etnográfico ha llegado a ser hartamente dudosa.

Se me objetará que existe un tipo judío. Habría mucho que decir sobre este punto. Mi opinión es que no hay un tipo de judío, sino tipos judíos. A este respecto he adquirido una experiencia bastante grande por haber estado encargado de la colección de manuscritos hebreos en la Biblioteca Nacional, de modo que los sabios hebreos del mundo entero se dirigían a mí para consultar nuestra preciosa colección.

Yo reconocía con mucha rapidez a nuestros clientes, y de un extremo al otro de la sala adivinaba quienes iban a pasar por mi escritorio. Y bien, el resultado de mi experiencia es que no existe un tipo judío único, sino muchos, que son irreductibles en absoluto entre sí. ¿Cómo es que la raza se ha fragmentado, por decirlo así, en un cierto número de tipos? Como consecuencia de lo que decíamos hace un instante, por el aislamiento, el ghetto, por la prohibición de los matrimonios mixtos.

La etnografía es una ciencia hartamente oscura, pues en ella no se puede experimentar y es cierto tan sólo aquello que podemos experimentar. Lo que voy a decir no tiene por objeto probar sino explicar mi pensamiento. Creo que si se tomaran al azar miles de personas, por ejemplo aquellas que se pasean en un momento dado de un extremo a otro del boulevard Saint Germain y se las supone deportadas a una isla desierta y libres de multiplicarse en ella, creo, decía, que al cabo de un tiempo dado, los tipos se habrían reducido, agrupados en determinado modo, concentrados en un cierto número de tipos vencedores de los demás, que habrían persistido y se habrían constituido de una manera irreductible. La concentración de los tipos resulta porque los matrimonios se efectúan durante siglos en un círculo cerrado.

Se alega también en favor de la unidad étnica de los judíos la identidad de costumbres y hábitos. Siempre que se junte a personas de cualquier raza y que se las reduzca a una vida de ghetto, tendréis los mismos resultados. Hay, si es que podemos expresarnos así, una psicología de las minorías religiosas y esta psicología en un país como Francia, donde están en minoría, tiene muchas analogías con la de los judíos, porque los protestantes, durante mucho tiempo estuvieron obligados a vivir entre ellos y una enorme cantidad de cosas les estuvieron prohibidas, como a los judíos. Se crean de este modo similitudes que no provienen de la raza sino que son el resultado de ciertas analogías de situación. Los hábitos de una vida concentrada, incómoda, llena de prohibiciones, aislada en cierto modo, se encuentran en todas partes, sea cual fuere la raza. Las calumnias difundidas en las partes poco ilustradas de la población contra los protestantes y los judíos son las mismas. Las profesiones hacia las cuales está obligada a encaminarse una secta excluida de la vida común son las mismas. Como los judíos, los protestantes no tienen ni pueblo ni compatriotas, les ha sido prohibido tenerlos⁶. En cuanto a la similitud de espíritu en el seno de una misma secta se explica ampliamente por la similitud de educación, de lecturas y prácticas religiosas.⁶

⁶ El trabajo sobre los judíos de Francia en la primera mitad de la Edad Media, inserto en el tomo XXVII de la Historia literaria de Francia, muestra que hasta las ordenanzas de Felipe el Hermoso, los judíos de Francia ejercían idénticos oficios y profesiones que los demás franceses.

En Siria se observa un hecho que viene en apoyo de mi tesis. Existen, a una docena de leguas al norte de Damasco, ciudades en que todavía se habla el siríaco, que en casi todas partes ha desaparecido por completo y que no se encuentra sino aquí y allá a una gran distancia al norte, junto a Van y Ourmia. Las gentes de estas ciudades son musulmanas y se parecen a todos los musulmanes de Siria en lo que a las costumbres se refiere. Nada más distinto a primera vista que el cristiano y el musulmán de Siria: el cristiano que es la persona más tímida del mundo, el musulmán que tiene el hábito de llevar armas y dominar. Se diría, al primer golpe de vista, que existe entre ellos una diferencia etnográfica. A propósito de la emoción que lo embargó en Beirut, hace algunos meses, mi excelente amigo el doctor S. me escribía que su doméstico entró diciéndole: "Si hubiera habido allí un niño musulmán con un sable, hubiera podido matar a mil cristianos". Y bien, es aquí donde aparece el interés del hecho señalado en las ciudades de los alrededores de Damasco. Si hay en el mundo auténticos sirios son sin duda, esas gentes, pues hablan aún su antigua lengua y, sin embargo, son musulmanes y recuerdan por sus costumbres y hábitos al resto de los musulmanes. La diferencia que existe entre ellos y los sirios cristianos resulta, pues, de la diferencia del género de vida y de una situación social prolongada durante siglos: nada tiene de etnográfica.

También entre los judíos la fisonomía particular y los hábitos de vida son mucho más el resultado de necesidades sociales que pesaron sobre ellos por siglos que un fenómeno de raza.

Alegrémonos, en consecuencia, de que estas cuestiones tan interesantes para la historia y la etnografía, no tengan en Francia ninguna importancia práctica. En efecto, hemos resuelto la dificultad política que surge de ella de la mejor manera posible. Cuando de nacionalidad se trata, hacemos de la cuestión de raza una cuestión secundaria y en ello nos asiste la razón. El hecho etnográfico, capital en los orígenes de la historia, va perdiendo cada vez más su importancia a medida que la civilización avanza. Cuando en 1791 la Asamblea Nacional decretó la emancipación de los judíos, se preocupó muy poco de la raza. Consideró que los hombres debían ser juzgados no por la sangre que corre por sus venas sino por su valor moral e intelectual. Pertenece a Francia la gloria de haber tomado estas cuestiones por el lado humano.

La obra del siglo XIX consiste en abatir todos los ghettos y no alabo a quienes en otras partes tratan de volverlos a levantar. La raza israelita ha rendido al mundo los mayores servicios. Asimilada a las diferentes naciones, en armonía con las diversas unidades nacionales, continuará en el porvenir lo que ya realizó en el pasado. Por su colaboración con todas las fuerzas liberales de Europa ha de contribuir en grado eminente al progreso social de la humanidad. •



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2013
Ω